

Suárez, humanista

SU ESTILO

Todo este acervo fecundo, seleccionado por un talento que como el de Suárez poseía todas las exquisiteces de un espíritu cultivado, tenía que culminar como en áurea floración, en la construcción mágica de su estilo.

Fácil es analizar los diversos elementos condensados en la personalidad literaria del anciano humanista, pero cuando de la análisis se quiere llegar a la idea conjunta de su alma vaciada en el ánfora de su perfecto decir, el que lo pretende se mira como deslumbrado sin que acierte a eslabonar en clara y luminosa síntesis todo ese mundo de bellezas y pensamientos, de influencias y asimilaciones que fluyen de su inteligencia como de un centro desde el cual irradian luces diversas pero que recibieran su aliento y su vida de un solo y escondido luminar. Allí el crítico más sagaz es como el viajero que en medio de un valle de encantos y elaciones, tapizado de variadas flores y acariciado por todas las brisas, extiende su mirada por doquiera, embelesado ante la belleza del panorama; o como el que en medio de un palacio encantado no precisa el lugar desde donde angélicas sinfonías hieren sus oídos con la dulzura de sus notas. Ambos sienten y escuchan fruiciones indecibles pero no adivinan su secreto, cuyo misterioso velamen les hace todavía más bello el conjunto. Es que los elementos allegados, al pasar por el crisol de su arte, como que perdían sus características y distinciones específicas para enlazarse en sorprendente y maravillosa fusión sin que se sospecharan las menores huellas de sus junturas y uniones: tal era el poder de su estilo que sabía transformarlos, dándoles un sello peculiarmente suyo. Por eso puede decirse que es un creador y no un mero alquimista de su prosa.

Suárez es el hombre del equilibrio y de las proporciones. Ese dón exquisito que presidía cada una de sus facultades, lo extendía a todo y así lo vemos lucir con no menor relieve hasta en las últimas aristas de su frase. Una perfecta compenetración del estilo con la idea, como escribió acertadamente alguno, hacía de él el tipo más perfecto del clásico, al paso que su sabiduría romana lo impulsaba a no preferir sino el vocablo de origen latino, sin que por esto su composición desdijera de su sabor genuinamente español, que parecía tocado del primor y gentileza que distinguen las comarcas de Aragón y Castilla.

Sabía dar a las palabras más sencillas y conocidas un maravilloso valor de significado mediante una delicada combinación. Cada vocablo representaba para él como una nota musical, que al colocarla en determinado lugar, sin quitarle una vibración, completaba en el conjunto un clímax de armonías, al mismo tiempo que su pensamiento se iba desarrollando como en un paralelismo de ecos no menos rítmicos que cadenciosos, pues su idea seguía fielmente los matices del ropaje de sus palabras.

Tánto le preocupaba la correspondencia entre la idea y su expresión, que, en todas sus apreciaciones críticas sobre diversos autores, era lo primero en echar de menos, o lo primero en elogiar.

Si en literatura la forma es la sustancia, ya que de lo contrario, valdría más que el «Quijote» un tratado de filosofía o un texto de química, Suárez tampoco es menos estimable por su forma que por su pensamiento. Ambos corren por su pluma con una perfección y una lucidez que casi rayan en lo sobrehumano. Nada de violencias o desproporciones que en la llanura de su estilo reposado, asalten de improviso el espíritu del lector que en la hol-

gura de su retiro rumia aquellas páginas de fruición incomparable.

El uso del arcaísmo y neologismo estaba dirigido por la finura de su gusto, que ni le permitía traer palabras rancias del todo inusitadas, ni corromper el idioma con vocablos cuya necesidad no le fuera patente. Acerca de esto dice bellamente Gómez Restrepo: «Pero no se parece el señor Suárez a esos rebuscadores de arcaísmos, que se complacen en hacer con palabras y giros vetustos una labor de taracea, que puede interesar como curiosidad, pero que nada dice al corazón ni al entendimiento».... De vez en cuando emplea alguna palabra, algún giro elegante descubiertos en la rica mina de los antiguos, y que lucen, como perlas de fino oriente, engastados en el oro de la prosa moderna. Monseñor Carrasquilla dice al mismo respecto, con expresión no menos clara y feliz: «No se advierte la abundancia del vocabulario, porque él no empleaba el arcaísmo sino en corta medida, como la sal en los manjares, y cuando usaba alguno lo engastaba tan guapamente en la prosa que aún el lector menos letrado lo entendía fácilmente. Ni rehuía tampoco el neologismo castizo y de buen tono, que es señal en un idioma de su vitalidad y pujanza».

Su cláusula sonora, brillante, límpida y clara, no produce el cansancio de aquellos largos períodos, que en perezoso desarrollo fatigan la atención, pudiéndose en ella sin esfuerzo alguno seguir el hilo del sentido. Un suave reposo insinúa en el lector el placer de saborear con mayor detenimiento los indecibles encantos que encierran sus períodos, los cuales terminan generalmente de una manera tan natural como inesperada; Suárez buscaba la palabra más larga y musical que dejase en el espíritu algo así como el apagarse paulatino de un sonido dado en templadísimo bronce, con lo cual acababa por grabar más el pensamiento que hasta hace poco nos

deleitaba. Podría compararse su cláusula a un arroyo, que imperceptible al principio va tomando caudalosas proporciones hasta lanzarse manso pero robusto en el seno del mar.

Sus admiradores intelectuales no están de acuerdo en decirnos cuál sea el autor que siga más de cerca en su estilo; quiénes creen que Jovellanos haya sido su autor favorito, a quien tanto elogia; quiénes que Granada haya sido su cotidiano inspirador; y otros suponen que el gran Quevedo le haya prestado su ironía para envenenar las furiosas flechas con que hería de muerte a sus enemigos. Respetando opiniones, muy autorizadas por cierto, séanos permitido creer, como ya lo hemos insinuado, que Suárez es la fusión pasmosa de los mejores hablistas españoles, ya que en él se advierte la sencillez de San Juan de la Cruz, la dulzura de Granada, la elegancia de Jovellanos, la ingenuidad de Santa Teresa, la sublimidad de Fray Luis de León, todo ello con una riqueza de vocabulario recogida en otros ricos mineros.

No menos admira la flexibilidad de su estilo que se acomodaba a los más variados asuntos. Cuando lamenta la desaparición de ciudadanos probos e ilustres, su palabra pulsa los más delicados sentimientos del lenguaje fúnebre, mostrándose su elogio dulce en el recuerdo; cuando revisa los hechos de la historia, aparece sereno no menos que imparcial; cuando ensalza la virtud, nos hace la vida preciosa como medio de alcanzarla; cuando canta las cosas divinas, imaginamos asistir a un concierto de incomparables efluvios en el cual la esperanza ultraterrena aparece como señora que todo lo preside; cuando ventila las cuestiones filosóficas, nos contagia de ese su enorme amor a la verdad que la ostenta inmutable y atrayente en la diáfana y sólida construcción de su frase, y cuando truena contra el crimen y la injus-

ticia, parécenos que escapan del Sinaí de su pluma relámpagos de ira que han de llevar a los pechos culpables el estigma de una vergüenza irresistible.

Quién creyera que este hombre asendereado por todas las acritudes de la vida y trajinado por todos los problemas de hondo pensar, hubiera escrito, en medio de su adusto vivir, páginas donde campea, con matices verdaderamente pintorescos, la imaginación de un poeta de la naturaleza, que describe sus cuadros siempre bellos y siempre nuevos, con la maestría insuperable de un pintor florentino. Es que en Suárez nada se encontrará en un plano inferior, todo en él está a la misma altura, todo revela el cantor inimitable de Jesucristo y el defensor de su divinidad en su eterno «Sueño de Renán».

Cualquier pasaje, cualquier pincelada bastan para descubrir de cuerpo entero la talla de este escritor tan igual y sostenido en todos sus escritos. Así, pues, no puede rebosar más su amor sencillez pero profundo a la naturaleza, como en este pasaje, en donde en compañía de su buen Justino nos describe un atardecer de la sabana, extenso manto de nostalgia y silencio: «Sentémonos, Justino bueno, a divisar desde esta ladera los arreboles que nos presenta la puesta del sol. Los ocasos son a veces espléndidos en este altiplano de los Andes, rodeado por todas partes de una cornisa de piedra que, aplanándose hacia el poniente, permite contemplar en las mañanas el cono plateado del Tolima y por las tardes los paisajes celestes que forma el sol al cubrirse. Mira cómo se oculta el astro tras la cordillera del Quindío, sobre la cual se amontonan cúmulos de nubes que, variamente iluminadas, semejan incendios, lagos de sangre, moles de humo condensado, vellones de algodón blanquísimo, o cetáceos que parecen reposar en playas polares. El sol, velado por esas cortinas, pero

dejando ver el punto por donde baja a iluminar otras tierras y otros mares, sirve de centro a prolongados rayos que buscan lo más alto del cielo, desvaneciéndose el color del fondo y convirtiéndolo primero en verde claro, luego en azul subido y al fin en lampos morados o de púrpura, en que van brotando las estrellas. Bellos ocasos que hacen imaginar los de California o Cumaná, descritos por el sabio viajero; lejanías maravillosas como aquellas que divisamos la otra tarde, y en que se mostraba el Tolima y más allá una nube rosada que flotaba sola en el cielo, sobre los llanos del Cauca o sobre las ondas del Pacífico».

Cuadro bellamente encantador que retrata al vivo con palabras melodiosas y en estilo reposado, el lento ocultarse del astro diurno que como cansado desciende al final de su carrera, invitando a los mortales al grato descanso de la noche tras las duras faenas del día.

ANTONIO ANDRADE CRISPINO

